

No siento que me hieran en la pelea!...
 El golpe del acero siempre es fecundo!...
 ¡Cada gota de sangre guarda una idea,
 y cada idea es germen de un nuevo mundo!

La envidia del contrario mi nombre aclama...
 Surgen las mariposas de los gusanos...
 ¡Brotará de sus odios mi propia fama,
 como el loto del fango de los pantanos!

Tu amor es mi divisa. Por él resuelto
 lucharé en el combate como una fiera,
 y si caigo vencido, moriré envuelto
 en los gloriosos pliegues de mi bandera.

¡Que me ataquen los viles!... No son nocivas
 para el alma del fuerte tan necias mofas...
 ¡Yo apagaré el murmullo de sus diatribas
 con la salva de aplausos de mis estrofas!

BOHEMIA

Á ADOLFO LUNA

De una taberna en el rincón obscuro
 una noche de invierno,
 en torno de una mesa, discutíamos
 unos cuantos bohemios.

Flotando en el ambiente, del tabaco
 en la humareda envuelto,
 el dolor escanciaba en nuestras almas
 el champagne de los lóbregos ensueños.

Y volando, cual negra mariposa,
 de cerebro en cerebro,
 la neurosis fatídica extendía
 sus membranosas alas de murciélago.

Hablábamos de lúgubres presagios
y fúnebres proyectos.

Salvador, el artista luminoso,
el de numen espléndido;
cantor de las lascivas bacanales,
de los azules cielos,
del sol, de los jardines florecientes,
y los nupciales lechos
con doseles de rosas y jazmines,
donde el amante trémulo
de la virgen deshoja los jazmines
y rasga el niveo velo...

El poeta elegante; el que ha encerrado
en sus sonoros versos
la luz de las pupilas de su amada
y el ritmo tembloroso de sus besos:

— Yo — nos dijo — quisiera que la muerte
me sorprendiese, ebrio

de amor y de champaña, de mi virgen
reclinado en el seno,
para tener como sudario digno
de amortajar mi cuerpo,
la luminosa túnica de oro
que forman destrenzados sus cabellos! —

Rafael, el poeta del trabajo,
el Homero del pueblo,
Juvenal implacable de los déspotas,
y Amadís esforzado del progreso;

el que en estrofas que sangrientas brillan
igual que en el combate los aceros,
hizo del menestral un sacerdote
y del taller un templo,

exclamó con voz ronca: — Desearía
sucumbir en la brecha, defendiendo
al débil contra el fuerte, y contra el déspota
al oprimido pueblo!

— ¡Morir como un monarca, de mi sangre
en la púrpura envuelto!

Y Ricardo, el poeta de neurótico
y enfermizo cerebro;
el hipocondríaco de las rimas,
el cantor de lo tétrico,
de las tardes de Otoño, y de las tumbas
de viejo cementerio,
nos dijo, acariciando á un terranova,
su único inseparable compañero:

— Yo quisiera morir como he vivido.
Solo, en mi humilde lecho,
contemplando el retrato de mi madre,
y acariciando trémulo,
en vez de ensortijadas cabelleras,
las sucias lanas de mi viejo perro! —

— ¿Y tú? — me preguntaron —. Y yo, inmóvil,
permanecí en silencio,

contemplando las vírgenes desnudas
de los frescos del techo,
que, ocultas entre el humo del tabaco,
mostraban silenciosas, sonriendo,
las muertas esmeraldas de sus ojos
y las marchitas rosas de sus senos.

Callamos, y seguimos apurando
el opio del ajeno,
hasta que al fin, de codos en la mesa,
nos quedamos durmiendo.

.....
Soñé... Como anhelaban mis amigos
en la lid sucumbieron.

.....
¡Cuánta gente cruzaba por las calles!...
¡Qué solo iba el entierro!

¡Ni una virgen siquiera acompañaba
al funerario séquito,
formado de amarguras y pesares,
de burlas y desprecios!

Sólo detrás, aullando, le seguía
el vagabundo perro!

.....

De pronto abrí los ojos, y dormidos
hallé á mis compañeros;
yo no sé si borrachos de amargura
ó embriagados de ajenjo.

Y entrando por la abierta cristalera,
un gran rayo de sol, con sus reflejos,
como nimbos de oro, coronaba
la cabeza del perro,
que, tendido á las plantas de su amo,
diligente velaba nuestro sueño!

PINDARICA

Á SALVADOR RUEDA

¡Rompe el silencio! Sin temor levanta
tu frente, donde el genio centellea,
y en medio de esta apocalipsis canta,
y luz de aurora tu canturía sea!

Al ver las leyes de tu patria rotas,
estalla en himnos, de entusiasmo lleno,
y da á sus áureas y valientes notas
la luz del rayo y el rugir del trueno.

Desprecia del placer las seducciones,
 pulsa la lira y contra el vicio clama...
 ¡Te llaman con sus voces los cañones!...
 ¡La dinamita con su voz te llama!

Ve el vuelo del progreso detenido
 por reaccionarias y opresoras leyes;
 el porvenir del pueblo sometido
 á los caprichos de ambiciosos reyes;

del hogar profanada la pureza;
 del interés la muchedumbre esclava,
 y en el altar, caída la cabeza,
 Cristo, que nunca de expirar acaba!...

La antigua Esparta se trocó en Sodoma.
 Ve el despotismo que á la patria abruma,
 y en medio de esta decadente Roma
 muestre el valor de Tácito tu pluma!

Sé cual Jesús que al mercader azota;
 David que hiere á Goliat triunfante!...
 ¡Al mismo tiempo, látigo y picota!...
 ¡Al mismo tiempo, Juvenal y Dante!

Y si es preciso combatir con bríos
 á esa reacción que á nuestra patria inunda...
 ¡Corra la sangre generosa á ríos!...
 ¡La sangre de los mártires, fecunda!

Eres Titán, pues en la lucha inquieta,
 para alentar la multitud airada,
 la sacra lira en manos de un poeta
 es mucho más temible que una espada!

Derrumba el templo de los dioses falsos,
 sin temer de la envidia los enconos...
 ¡Como hay tronos más altos que cadalsos,
 hay cadalsos más altos que los tronos!

¡Rompe el silencio! Sin temor levanta
tu frente, donde el genio centellea,
y en medio de esta apocalipsis canta,
y luz de aurora tu canturía sea!

SOLEDADES

Á MI CONCIENCIA

Yo te miro en mis horas de fiebre
y en mis tétricas noches de insomnio,
silenciosa, acercarte á mi lecho,
á enjugar con tus labios mis ojos.

En tu seno reclinas mi frente,
y en tus brazos me duermo dichoso,
como el niño en la cuna, escuchando
tus cantos que enervan lo mismo que el opio.

En el recio combate, si dudo,
ó si herido á traición me desplomo,

tú, acudiendo en mi auxilio, me alzas;
 en tus brazos me ofreces apoyo;
 con tus dedos restañas mi herida
 y me infundes valor con tu arrojo.

Hasta en esas horas,
 cuando altivo y loco,
 para ahogar mi dolor, á mi cuerpo
 en los brazos del vicio abandono,
 yo te he visto, de pie junto al tálamo
 donde mercenarios paroxismos compro,
 de vergüenza llorar, escondiendo
 en tus blancas manos tu pálido rostro!

En cambio, si triunfo del mal y mi frente
 de sangrientos laureles coronó,
 la primera sonrisa es la tuya
 y tu aplauso el primero que oigo!

En mis soledades á mí pluma guías;
 con tus besos acallas mis odios,

y al roce suave de tus áureas alas
 mis versos se llenan de chispas de oro...

.....
 Sigue, casta virgen, en pos de mis pasos!...

¡Que nunca me falte tu místico apoyo!...

¡Que no deje nunca de verte en mi lecho,
 suspirando en mis noches de orgía
 y llorando á la par cuando lloro!

.....
 ¡Sigue, casta virgen, dejando en mis versos
 de tus alas las chispas de oro!